

“HOJA” DE NIGGLE
(Tolkien)

Había una vez un pobre hombre llamado Niggle, que tenía que hacer un largo viaje. El no quería; en realidad, todo aquel asunto le resultaba enojoso, pero no estaba en su mano evitarlo. Sabía que en cualquier momento tendría que ponerse en camino, y sin embargo no apresuraba los preparativos.

Niggle era pintor. No muy famoso, en parte porque tenía otras cosas que atender, la mayoría de las cuales se le antojaban un engorro; pero cuando no podía evitarlas (lo que en su opinión ocurría con excesiva frecuencia) ponía en ellas todo su empeño. Las leyes del país eran bastante estrictas. Y existían además otros obstáculos. Algunas veces se sentía un tanto perezoso y no hacía nada. Por otro lado, era en cierta forma un buenazo. Ya conocen esa clase de bondad. Con más frecuencia lo hacía sentirse incómodo que obligado a realizar algo. E incluso cuando pasaba a la acción, ello no era óbice para que gruñese, perdiera la paciencia y maldijese (la mayor parte de las veces por lo bajo)

En cualquier caso lo llevaba a hacer un montón de chapuzas para su vecino el señor Parish, que era cojo. A veces incluso echaba una mano a gente más distantes si acudían a él en busca de ayuda. Al mismo tiempo, y de cuando en cuando, recordaba su viaje y comenzaba sin mucha convicción a empaquetar algunas cosillas. en estas ocasiones no pintaba mucho. Tenía unos cuantos cuadros comenzados, casi todos demasiado grandes y ambiciosos para su capacidad. Era de esa clase de pintores que hacen mejor las hojas que los árboles. Solía pasarse infinidad de tiempo con una sólo hoja, intentando captar su forma, su brillo y los reflejos del rocío en sus bordes. Pero su afán era pintar un árbol completo, con todas las hojas de un mismo estilo y todas distintas.

Había un cuadro en especial que le preocupaba. Había comenzado como una hoja arrastrada por el viento y se había convertido en un árbol. Y el árbol creció, dando numerosas ramas y echando las más fantásticas raíces. Llegaron extraños pájaros que se posaron en las ramitas, y hubo que atenderlos. Después, todo alrededor del árbol y detrás de él, en los espacios que dejaban las hojas y las ramas, comenzó a crecer un paisaje. Y aparecieron atisbos de un bosque que avanzaba sobre las tierras de labor y montañas coronadas de nieve. Niggle dejó de interesarse por sus otras pinturas. O si lo hizo fue para intentar adosarlas a los extremos de su gran obra. Pronto el lienzo se había ampliado tanto que tuvo que echar mano de una escalera; y corría, arriba y abajo, dejando una pincelada aquí, borrando allá unos trazos. Cuando llegaban visitas se portaba con la cortesía exigida, aunque no dejaba de jugar con el lápiz sobre la mesa.

Escuchaba lo que le decían, sí, pero seguía pensando en su gran lienzo, para el que había levantado un enorme cobertizo en el huerto, sobre una parcela en la que en otro tiempo cultivara patatas.

No podía evitar ser amable. “Me gustaría tener más carácter”, se decía algunas veces, queriendo expresar su deseo de que los problemas de otras personas no le afectasen. Pasó algún tiempo sin que le molestaran mucho. “Cueste lo que cueste”, solía decir, “acabaré este cuadro, mi obra maestra, antes de que me vea obligado a emprender ese maldito viaje”. Pero comenzaba a darse cuenta de que no podría posponerlo indefinidamente. El cuadro tenía que dejar de crecer y había que terminarlo. Un día Niggle se plantó delante de su obra, un poco alejado, y la contempló con especial atención y desapasionamiento. No tenía sobre ella una opinión muy definida, y habría deseado tener algún amigo que le orientase. En realidad no le satisfacía en absoluto, y sin embargo la encontraba muy hermosa, el único cuadro verdaderamente hermoso del mundo. En aquellos momentos le hubiera gustado verse a sí mismo entrar en el cobertizo, darse unas palmaditas en la espalda y decir (con absoluta sinceridad): “¡Realmente magnífico! para mí está muy claro lo que te propones por nada más. Te conseguiremos una subvención oficial para que no tengas problemas.”

Sin embargo, no había subvención. Y él era muy consciente de que necesitaba concentrarse, trabajar, un trabajo serio e ininterrumpido, si quería terminar el cuadro, incluso aunque no lo ampliase más. Se arremangó y comenzó a concentrarse. Durante varios días intentó no preocuparse en otros temas. Pero se vio interrumpido de forma casi continua. En casa las cosas se torcieron; tuvo que ir a la ciudad a formar parte de un jurado; un conocido cayó enfermo; el señor Parish sufrió un ataque de lumbago y no cesaron de llegar visitas. Era primavera y les apetecía un té gratis en el campo. Niggle vivía en una casita agradable, a varias millas de la ciudad. En su interior los maldecía, pero no podía negar que él mismo los había invitado tiempo atrás, en el invierno, cuando a él no le había parecido una interrupción ir de tiendas, y tomar el té en la ciudad con sus amistades. Trató de endurecer su corazón, pero sin resultado. Había muchas cosas a las que tenía que hacer cara para negarse, las considerase obligaciones o no; y había ciertas cosas que se veía obligado a hacer, pensase lo que pensase. Algunas de las visitas dieron a entender que el huerto parecía bastante descuidado y que podría recibir la visita de un inspector. desde luego, pocos tenían la noticia de su cuadro; pero aunque lo hubiesen sabido, tampoco habría mucha diferencia. Dudo que hubiesen pensado que era muy importante. Me atrevería a decir que no era muy bueno, aunque tuviera algunas partes logradas. El árbol, sobre todo, era curioso. En cierto modo, muy original. Igual que Niggle, aunque él era también un hombrecillo de lo más común, y bastante simple.

Llegó por fin el momento en que el tiempo de Niggle se volvió sumamente precioso. Sus amistades, allá lejos en la ciudad, comenzaron a recordar que el pobre hombre debía hacer un penoso viaje, y algunos calculaban ya cuánto tiempo, como máximo, podría posponerlo. Se preguntaban quién se quedaría con la casa y el huerto presentaría un aspecto más cuidado.

Había llegado el otoño, muy húmedo y ventoso. El hombre se encontraba en el cobertizo. Estaba subido en la escalera tratando de plasmar el reverbero del sol poniente sobre la nevada cumbre de una montaña que había visualizado justo a la izquierda y al extremo de una rama cargada de hojas. Había que se vería obligado a marcharse pronto; quizá al comienzo del nuevo año. Sólo tenía tiempo de terminar el cuadro, y aún así no

de modo definitivo: había algunos puntos donde sólo tendría tiempo para esbozar lo que pretendía.

Llamaron a la puerta. “¡Adelante!”, dijo con brusquedad, y bajó de la escalera. Era su vecino Parish: el único cercano, pues el resto vivía a bastante distancia. No sentía, sin embargo, un aprecio especial por él, porque a menudo se veía en apuros y precisaba ayuda, y en parte también porque no le interesaba nada la pintura, al tiempo que no cesaba de criticarle el huerto. Cuando Parish lo contemplaba (lo que ocurría con frecuencia) veía sobre todo las malas hierbas; y cuando miraba los cuadros de Niggle (rara vez) sólo veía manchas verdes y grises, y líneas negras que se le antojaban completamente sin sentido. No le importaba hablar de las hierbas (era su deber de vecino), pero se abstenía de dar cualquier opinión sobre los cuadros. Pensaba que era una postura muy agradable, y no se daba cuenta de que aún sintiéndolo, no resultaba suficiente. Un poco de ayuda con las hierbas (y quizá alguna alabanza para los cuadros) habría sido mejor.

“Bien, Parish, ¿qué hay?”, dijo Niggle.

“Ya sé que no debería interrumpirle”, dijo Parish, sin echar una sola mirada al cuadro. “Estará usted ocupadísimo, estoy seguro.” Niggle había pensado decir algo por el estilo, pero perdió la oportunidad. todo lo que dijo fue: “Sí.”

“Pero no tengo ningún otro a quién acudir”, añadió Parish.

“Así es”, dijo Niggle con un suspiro: uno de esos suspiros que son un comentario personal, pero que en parte dejamos aflorar. “¿En qué puedo ayudarle?”.

“Mi mujer lleva ya algunos días enferma y estoy empezando a preocuparme”, dijo Parish. “Y el viento se ha llevado la mitad de las tejas de mi casa y me entra la lluvia en el dormitorio. Creo que debería llamar al doctor y a los albañiles, pero ¡tardan tanto en acudir!. Pensaba si no tendría usted algunas maderas y lienzos que no le hagan falta, aunque sólo sea para poner un parche y poder tirar un día o dos más.” Fue entonces cuando dirigió la mirada al cuadro.

“¡Vaya, vaya!”, dijo Niggle. “Sí que tiene mala suerte. Espero que lo de su esposa sólo sea un constipado. En seguida voy y le ayudo a trasladarla al piso bajo.”

“Muchas gracias”, dijo Parish con notable frialdad, “pero no es un constipado, es una calentura. No le hubiera molestado por un simple catarro. Y mi mujer ya guarda cama en piso bajo: con esta pierna no puedo andar subiendo y bajando bandejas. Pero ya veo que está ocupado. Lamento de veras la molestia. Tenía esperanzas de que pudiese perder el tiempo para ir a avisar al médico, viendo la situación en que me hallo; y al albañil también, si de verdad no le sobran lienzos”.

“No faltaba más”, dijo Niggle, aunque otras palabras se le agolpaban en el ánimo, donde en aquel momento había más debilidad que amabilidad. “Podría ir; iré, si está tan ocupado.”

“Lo estoy, y mucho. ¡Ojalá no padeciera esta cojera!”, dijo Parish.

Así que Niggle fue. Ya veis, aquello resultaba de lo más curioso. Parish era su vecino más cercano; los demás quedaban bastante lejos. Niggle tenía un bicicleta, y Parish no; ni siquiera podía montar: era cojo de una pierna, una cojera seria que le causaba muchos dolores; merecía la pena tenerlo en cuenta, igual que su expresión desabrida y su voz quejumbrosa. A su vez Niggle tenía un cuadro y apenas tiempo para terminarlo: Parecía lógico que fuese Parish el que tuviese aquello en cuenta, no Niggle. Parish, sin embargo, no se tomaba en serio la pintura, y Niggle no podía cambiar aquel hecho.

“¡Maldita sea!”, rezongó para sí mientras sacaba la bicicleta.

Había humedad y viento, y la luz del día estaba ya desvaneciéndose.

“Hoy se acabó el trabajo para mí”, pensó Niggle. Y mientras pedaleaba, no cesó de echar pestes para sus adentros ni de ver pinceladas en la montaña y en la vegetación inmediata, que, en un principio, había imaginado primaveral. Sus dedos se crispaban sobre el manillar. Ahora que ya no estaba en el cobertizo intuyó perfectamente la forma de tratar aquella brillante línea de hojas que enmarcaba la lejana silueta de la montaña. Pero pesaba en su corazón una congoja, una espacio de temor de que nunca tendría ya la oportunidad de intentarlo.

Niggle encontró al médico, y dejó una nota donde el albañil, que ya había cerrado para irse a descansar junto al fuego de su chimenea. Niggle se empapó hasta los huesos, y cogió él también un resfriado. El médico no se dio tanta prisa como Niggle. Llegó el día siguiente, lo que le resultó mucho más cómodo, pues para entonces ya había en casas vecinas, dos pacientes a los que atender. Niggle estaba en cama con fiebre alta, y en su cabeza y en el techo tomaba forma maravillosos entramados de hojas y ramas. No le fue de ningún consuelo saber que la señora Parish sólo tenía catarro, y que ya lo estaba superando. Volvió la cara hacia la pared, y buscó refugio en las hojas.

Permaneció en cama algún tiempo. El viento seguía soplando y se llevó otro buen número de tejas en casa de Parish, y también algunas en la de Niggle. En el tejado aparecieron goteras. El albañil seguía sin presentarse. Niggle no se preocupó; al menos, durante un día o dos. Luego se arrastró fuera de la cama para buscar algo de comer (Niggle no tenía mujer). Parish no volvió. La humedad se le había metido en la pierna que le dolía, y su mujer estaba muy ocupada recogiendo el agua y preguntándose si “ese señor Niggle” no se habría olvidado de avisar al albañil. Si ella hubiera entrevisto la más mínima posibilidad de pedirle prestado algo que les fuese útil, habría enviado allí a Parish, le doliese o no la pierna; pero no se le ocurrió nada, de modo que se olvidaron del vecino.

Al cabo de unos siete días Niggle volvió con pasos inseguros hasta el cobertizo. Intentó subirse a la escalera, pero la cabeza se le iba. Se sentó y contempló el cuadro; aquel día no había hojas en su imaginación ni vislumbres de montañas. Podía haber pintado un desierto arenoso que se perdía allá a lo lejos, pero le faltaron energías.

“¡Maldita sea!”, dijo Niggle; aunque le hubiera dado igual responder con educación: “¡Adelante!”, porque de todas maneras la puerta se abrió. En esta ocasión encontró un hombre de buena estatura, un perfecto desconocido.

“Esto es un estudio privado”, dijo Niggle. “Estoy ocupado, ¡váyase!”.

“Soy inspector de inmuebles”, dijo el hombre, manteniendo en alto sus credenciales de forma que Niggle las pudiera ver desde la escalera.

“¡Oh!”, dijo.

“La casa de su vecino está muy descuidada”, dijo el Inspector.

“Ya lo sé”, dijo Niggle. “Les dejé una nota a los albañiles hace bastante tiempo, pero no han venido. Luego yo caí enfermo”.

“Ya”, dijo el Inspector. “Pero ahora no está enfermo”.

“Pero yo no soy albañil. Parish debió presentar una reclamación al Ayuntamiento y conseguir ayuda del Servicio de Urgencias.”

“Están ocupados con daños más importantes que cualquiera de éstos”, dijo el Inspector. “Ha habido inundaciones en el valle y numerosas familias se han quedado sin hogar. Usted debía haber ayudado a su vecino a hacer unos arreglos provisionales y evitar así perjuicios cuya reparación fuese más costosa. Lo dicta la Ley. Tiene aquí cantidad de materiales: lienzo, madera, pintura impermeable.”

“¿Dónde?”, preguntó Niggle indignado.

“Ahí”, dijo el Inspector señalando el cuadro.

“¡Mi cuadro!”, exclamó Niggle.

“Me temo que sí”, dijo el Inspector, “pero primero son las casas: La ley es la ley”.

“Pero no puedo...”. Niggle no dijo más, porque en aquel momento entró otro hombre. Se parecía mucho al Inspector, casi como un doble, alto, todo vestido de negro.

“Vamos”, dijo. “Soy el chófer.”

Niggle bajó la escalera tambaleándose. Parecía haberle vuelto la fiebre y la cabeza se le iba. Sintió frío en todo el cuerpo.

“¿Chófer? ¿Chófer?”, murmuró. “¿Chófer de qué?”.

“Suyo y de su coche”, dijo el hombre. “Hace tiempo que el vehículo estaba pedido. Por fin ha llegado. Le está esperando. Ya sabe usted que hoy sale de viaje.”

“Eso es”, dijo el Inspector. “Tiene que marcharse.. Mal comienzo para un viaje dejar las cosas sin terminar. Pero, en fin, al menos ahora podremos dar alguna utilidad a este lienzo.”

“¡Dios mío!” dijo el pobre Niggle, echándose a llorar. “Ni siquiera está terminado.”

“¿No lo ha acabado?” dijo el chofer. “Bueno, de cualquier forma, y por lo que a usted respecta, ya está todo hecho. ¡Vámonos!”

Niggle salió en completo silencio. El chófer no le dio tiempo a hacer las maletas, pues según él las debía haber preparado antes e iban a perder el tren. Niggle se sentía cansado y adormecido; a duras penas fue consciente de lo que pasaba cuando lo empujaron dentro de un compartimiento. No le importaba mucho; había olvidado para qué o hacia dónde se suponía que iba. El tren penetró casi en seguida en un negro túnel.

Niggle despertó en una amplia estación, débilmente iluminada. Un maletero iba gritando por el andén; pero no voceaba el nombre de la estación, sino ¡Niggle!

Niggle bajó a toda prisa y se dio cuenta de que había olvidado el maletín. Dio media vuelta, pero el tren ya se alejaba.

“¡Ah!” dijo el maletero. “Es usted. ¡Sígame! ¡Cómo! ¿No tiene equipaje? Tendrá que ir al asilo.”

Niggle se sintió enfermo y cayó desmayado en el andén. Le subieron a una ambulancia y se lo llevaron a la enfermería del asilo. No le gustó nada el tratamiento. La medicación que le daban era amarga. Los enfermeros y celadores eran fríos, silenciosos y estrictos; y nunca veía a otras personas, salvo a un médico muy severo que le visitaba de cuando en cuando. Más parecía en una cárcel que en un hospital. Tenía que realizar un trabajo pesado, de acuerdo con un horario establecido: cavar, carpintería, y pintar de un solo color simples tableros. Nunca se le permitió salir, y todas las ventanas daban al interior. Le mantenían a oscuras durante horas y horas, “para que pueda meditar”, decían. Perdió la noción del tiempo. Y no parecía que empezase a mejorar, al menos si por mejorar entendemos encontrar algún placer en realizar las cosas. Ni siquiera ir a dormir se lo proporcionaba.

Al principio, durante el primer siglo o así (yo me limito simplemente a exponer sus impresiones) solía preocuparse sin sentido por el pasado. Mientras permanecía echado en la oscuridad, se repetía una y otra vez lo mismo: “¡Ojalá hubiera visitado a Parish durante la mañana que siguió al ventarrón! era mi intención. Hubiera sido fácil volver a colocar las primeras tejas sueltas. Seguro que entonces la señora Parish no habría cogido aquel catarro. Y yo tampoco me habría resfriado. Habría dispuesto de una semana más.” Pero con el tiempo fue olvidando para qué había deseado aquellos siete días. A partir de entonces, si se preocupó de algo fue de sus tareas en el hospital. Las planeaba con antelación, pensando cuanto tiempo le llevaría evitar que se resquebrajase aquel tablero, ajustar una puerta o arreglar la pata de la mesa. Parece fuera de duda que llegó a ser bastante servicial, si bien nadie se lo dijo nunca. Aunque, claro, no era ésta la razón por la que lo retuvieron tanto tiempo al pobrecillo. Debían haber estado esperando a mejorarse, y juzgaban la “mejoría” de acuerdo con un extraño y peculiar sistema médico.

De todas formas, el pobre Niggle no obtenía ningún placer de aquella vida. Ni siquiera los que él había aprendido a llamar placeres. No se divertía, desde luego; pero tampoco podía negarse que comenzaba a experimentar un sentimiento de, digamos, satisfacción: a falta de pan...Se había acostumbrado a iniciar su trabajo tan pronto como

sonaba una campana y dejarlo al sonar la siguiente todo recogido y listo para poderlo continuar cuando fuera preciso. había muchas cosas al cabo del día. Terminaba sus trabajillos con todo primor. No tenía tiempo libre (excepto cuando se encontraba solo en su celda) y, sin embargo, comenzaba a ser dueño del tiempo; comenzaba a saber qué hacer con él. Allí no existía ninguna sensación de prisa. Disfrutaba ahora de mayor paz interior, y en los momentos de descanso podía descansar de verdad.

Entonces, de improviso, le cambiaron todo el horario; casi no le permitían ir a la cama. Lo apartaron totalmente de la carpintería y lo mantuvieron cavando una jornada tras otra. Lo aceptó bastante bien: pasó mucho tiempo antes de que intentase rebuscar en el fondo de su espíritu las maldiciones que casi había olvidado. Estuvo cavando hasta que le dio la impresión de tener rota la espalda, las manos se le quedaron en carne viva y comprendió que era incapaz de levantar una palada más de tierra. Nadie le dio las gracias. Pero el médico se acercó y echó una ojeada.

“¡Basta!”, dijo. “Descanso absoluto. A oscuras.”

Niggle yacía en la oscuridad, completamente relajado, y como no había sentido ni pensado en absoluto, no podía asegurar si llevaba allí horas o años. Fue entonces cuando oyó voces que nunca había oído antes. Parecía tratarse de un consejo de médicos, o quizá de un jurado reunido allí al lado, en una habitación inmediata y seguramente con la puerta abierta, aunque no percibía ninguna luz.

“Ahora el caso Niggle”, dijo una Voz severa, más severa que la del doctor.

“¿De qué se trata?”, dijo una Segunda Voz, que se podía calificar de amable, aunque no era suave; era una voz que destilaba autoridad y sonaba a un tiempo esperanzadora y triste. “¿Qué le pasa a Niggle? Tenía el corazón en su sitio.”

“Sí, pero no funcionaba bien”, dijo la Primera Voz. Y no tenía la cabeza bien encajada; pocas veces se detenía a pensar. Fíjese en el tiempo que perdía, y sin siquiera divertirse. Nunca terminó de prepararse para el viaje. Vivía con cierto desahogo y, sin embargo, llegó aquí con lo puesto, y hubo que ponerle en el ala de beneficencia. Me temo que es un caso difícil. Creo que debería quedarse algún tiempo más.”

“Puede que le sentara mal”, dijo la Segunda Voz. Pero no hay que olvidar que es pobre hombre. Jamas se pretendió que llegase a ser alguien. Y nunca fue muy fuerte. Vamos a ver los registros... Sí. Hay algunos puntos a su favor, en efecto.”

“Quizá”, dijo la Voz Primera. “Pero pocos de ellos resistirían un análisis exhaustivo.”

“Bueno”, contestó la Voz Segunda, “tenemos esto: era pintor por vocación; de segunda fila, desde luego. Con todo, una hoja pintada por Niggle posee un encanto propio. Se tomó muchísimo trabajo con las hojas, y sólo por cariño. Nunca creyó que aquello fuera a hacerle importante. Tampoco aparece en los registros que pretendiese, ni siquiera ante sí mismo, excusar con esto su olvido de las leyes.”

“Entonces no habría olvidado tantas”, dijo la Primera Voz.

“De cualquier modo Niggle respondió a muchísimas llamadas.”

“A un pequeño porcentaje, la mayoría muy fáciles; y las calificaba de “interrupciones”. Esa palabra aparece por todas partes por los Registros, junto con un montón de quejas e imprecaciones estúpidas.”

“Cierto. Pero a él, pobre hombre, le parecieron sin duda interrupciones.” Por otro lado, jamás esperaba ninguna recompensa, como tantos de su clase lo llaman. Tenemos el caso de Parish, por ejemplo, que ingresó después. Era el vecino de Niggle. Nunca movió un dedo por él, y en rarísimas ocasiones llegó a mostrar alguna gratitud. Sin embargo, nada en los Registros indica que Niggle esperara la gratitud de Parish. No parece haber pensado en ello.”

“Sí, eso es algo”, dijo la Primera Voz, “aunque bastante poco. Lo que ocurre, como podrá comprobar, es que muchas veces Niggle simplemente lo olvidaba. Borraba de su mente, como una pesadilla ya pasada, todo lo que había hecho por Parish.”

“Nos queda aún el último informe”, dijo la Segunda Voz. “El viaje en bicicleta bajo la lluvia. Quisiera destacarlo. Parece evidente que fue un auténtico sacrificio: Niggle sospechaba que estaba echando por la borda su última oportunidad con el cuadro, y sospechaba, también, que no había razones de peso para la preocupación de Parish”.

“Creo que le da más valor del que tiene”, dijo la voz Primera. “Pero usted tiene la última palabra. Tarea suya es, desde luego, presentar la mejor interpretación de los hechos. A veces la tienen. ¿Cuál es su promesa?”.

“Creo que el caso está ahora listo para un tratamiento más amable”, dijo la Segunda Voz.

Niggle pensó que nunca había oído nada tan generoso. Lo de “tratamiento amable” hacía pensar en un cúmulo de espléndidos regalos y en la invitación a un festín regio. En aquel momento Niggle se sintió avergonzado. Oír que se le consideraba digno de un tratamiento bondadoso le abrumaba y le hizo enrojecer en la oscuridad. Era como ser galardonado en público, cuando el interesado y todos los presentes saben que el premio es inmerecido. Niggle ocultó su sonrojo bajo la burda manta.

Hubo un silencio. Luego la Voz Primera, muy cercana, se dirigió a él. “Ha estado escuchando”, dijo.

“Sí”, respondió.

“Bueno, ¿alguna observación?”.

“¿Puede darme noticias de Parish?”, dijo Niggle. “Me gustaría volverle a ver. Espero que no se encuentre muy mal. ¿Pueden curarle la pierna? Le hacía pasar malos ratos. Y, por favor, no se preocupen por nosotros dos. Era un buen vecino y me proporcionaba patatas excelentes a muy buen precio, ahorrándome mucho tiempo”.

“¿Sí?”, dijo la Primera Voz. “Me alegra oírlo”.

Hubo otro silencio. Niggle se dio cuenta de que las voces se alejaban. “Bien, de acuerdo”, oyó que respondía en la distancia la Primera Voz. “Que comience la segunda fase. Mañana mismo, si usted quiere.”

Al despertar Niggle encontró que las persianas estaban levantadas y su pequeña celda inundada de sol. Se levanto, y comprobó que le habían proporcionado ropas cómodas, no el uniforme del hospital. después del desayuno el doctor le atenido las manos doloridas, dándole un unguento que en seguida se las mejoro. Le dio además unos cuantos consejos y un frasco de tónico, por si le hacia falta. A media mañana le entregaron una galleta y un vaso de vino; y luego un billete.

“Ya puede ir a la estación”, dijo el medico. “Le acompañara el maletero. Adiós”.

Niggle se escabullo por la puerta principal y parpadeo algo sorprendido. Había un sol radiante. Además había esperado salir a una gran ciudad, a juzgar por el tamaño de la estación. Pero no fue así. Se encontró en la cima de una colina, verde, desnuda, barrida por un viento vigorizante. No había nadie mas por allí. Lejos, al pie de la colina, vio brillar el tejado de la estación.

Camino hacia ella colina abajo con paso rápido, pero sin prisa. El maletero lo descubrió en seguida.

“Por aquí”, dijo, y condujo a Niggle a un anden donde se encontraba, listo ya, un tren de cercanías muy coquetón: un solo coche y una pequeña locomotora, muy relucientes los dos, limpios y recién pintados. Parecían a punto para un viaje inaugural. Incluso el carril que se veía ante la locomotora parecía nuevo: brillaban los railes, los cojines estaban pintados de verde, y las traviesas, al cálido sol, dejaban escapar un delicioso olor a brea fresca. El coche estaba vacío.

“¿Adonde va este tren, mozo?”, pregunto Niggle.

“Creo que no han colocado aun el cartel del destino”, dijo el mozo. “Pero lo encontrara satisfactorio”. Y cerro la puerta.

El tren arranco al punto. Niggle se recostó en el asiento. La pequeña locomotora avanzaba entre borbotones de humo por el fondo de un cañón de altas paredes verdes al que un cielo azul servia de dosel. No parecía haber pasado mucho tiempo, cuando la locomotora dio un silbido; entraron en acción los frenos y el tren se detuvo. No había estación ni cartel indicador, solo un tramo de peldaños que subía por el verde talud. Al final de la escalera se abría un postigo en un seto muy cuidado. Junto a el estaba una bicicleta: por lo menos parecía la suya y llevaba un etiqueta amarilla atada al manillar, con la palabra NIGGLE escrita en grandes letras negras.

Abrió la puerta de la barrera, salto a la bicicleta y se lanzo colina abajo, acariciado por el sol primaveral. Pronto comprobó que desaparecía el camino que había venido siguiendo y que la bicicleta robada sobre un césped maravilloso. Era verde y tupido; podía apreciar, sin embargo, cada brizna de hierba. Le parecía recordar que en algún lugar había visto o soñado este prado. Las ondulaciones del terreno le resultaban en cierta forma familiares. Sí, el terreno se nivelaba, coincidiendo con sus recuerdos, y

después, claro esta, comenzaba a ascender de nuevo. Una gran sombra verde se interpuso entre el y el sol. Niggle levanto la vista y se cayo de la bicicleta. Ante él se encontraba en *Árbol*, su *Árbol*, ya terminado, si tal cosa puede afirmarse de un árbol que esta vivo, cuyas hojas nacen y cuyas ramas crecen y se mecen en aquel aire que Niggle tantas veces había imaginado y que tantas veces había intentado en vano captar. Miro el *Árbol*, lentamente levanto y extendió los brazos.

“Es un don”, dijo. Se refería a su arte, y también a la obra pictórica; pero estaba usando la palabra en su sentido mas literal.

Siguió mirando el *Árbol*. Todas las hojas sobre las que él había trabajado estaban allí, mas como el las había intuido que como había logrado plasmarlas. Y había otras que solo fueron brotes en su imaginación y muchas mas que hubieran brotado de haber tenido tiempo. No había nada escrito en ellas; eran solo hojas exquisitas; pero todas llevaban un fecha; nítidas como las de un calendario. Se veía que algunas de las mas hermosas y características, las que mejor reflejaban el estilo de Niggle, habían sido realizadas en colaboración con el señor Parish: no hay otra forma de decirlo.

Los pájaros hacia sus nido en el *Árbol*. Pájaros sorprendentes: ¡que forma de trinar!. Se apareaban, incubaban, echaban plumas y se internaban gorjeando en el Bosque, incluso mientras los contemplaba. Entonces se dio cuenta de que el Bosque también estaba allí, abriéndose a ambos lados y extendiéndose a la distancia. A lo lejos reverberaban los montes.

Después de algún tiempo Niggle se dirigió hacia la espesura. No es que se hubiese cansado ya del *Árbol*, pero ahora parecía tenerlo todo claro en su mente, y lo comprendía, y era consciente de su crecimiento aunque no estuviese contemplándolo. Mientras caminaba descubrió algo curioso: el Bosque era, por supuesto, un bosque lejano, y sin embargo el podía aproximarse, incluso entrar en el, sin que por ello perdiese su peculiar encanto. Antes no había conseguido nunca entrar en la distancia sin que esta se convirtiese en meros alrededores. Se añadía así un considerable atractivo al hecho de pasear por el campo, porque al andar se desplegaban ante el nuevas distancias; de modo se lograban perspectivas dobles, triples, e incluso cuádruples, y ello con doblado, triplicado o cuadruplicado encanto. Podías seguir andando hasta lograr reunir todo un horizonte en un jardín, o en un cuadro (si uno prefería llamarlo así). Podías seguir andando, pero acaso no indefinidamente. Al fondo estaban las Montañas. Se iban aproximando, muy despacio. No parecían formar parte del cuadro, o en todo caso solo como nexos de unión con algo mas, algo distinto entrevisto tras los arboles, una dimensión mas, otro paisaje.

Niggle paseaba, pero no se limitaba a vagar. Observaba con detalle el entorno. El *Árbol* estaba completo, aunque no terminado. (“Justo todo lo contrario de lo que antes ocurría”, pensó). Pero en el Bosque había unas cuantas parcelas por concluir, que todavía necesitaban ideas y trabajo. Ya no era necesario hacer modificaciones, todo estaba bien, pero había que proseguir hasta lograr el toque definitivo. Y en cada momento Niggle veía la pincelada precisa.

Se sentó bajo un árbol distante y muy hermoso: una variedad del Gran *Árbol*, pero con su propia identidad o a punto de alcanzarla, si recibía un poco más de atención.

Y se puso a hacer cábalas sobre dónde empezar el trabajo y dónde terminarlo y cuánto tiempo le llevaría. No pudo concluir todo el esquema.

“¡Claro!”, dijo. “¡Necesito a Parish! Hay muchas cosas de la tierra, las plantas y los árboles que él entiende y yo no. No puedo concebir este lugar como mi coto privado. Necesito ayuda y consejo. ¡Tenía que haberlos pedido antes!”.

Se levantó y caminó hasta el lugar en que había decidido comenzar el trabajo. Se quitó la chaqueta. En aquel momento, medio escondido en una hondonada que le protegía de otras miradas, vio a un hombre que, con cierto asombro, paseaba la vista en derredor. Se apoyaba en una pala, pero estaba claro que no sabía qué hacer. Niggle le saludó: “¡Parish!”, gritó.

Parish se echó la pala al hombro y vino hacia él. Aún cojeaba un poco. Ninguno habló; simplemente se saludaron con un movimiento de cabeza, como solían hacer cuando se cruzaban en el camino; sólo que ahora se pusieron a caminar juntos, tomados del brazo. Sin una sola palabra Niggle y Parish se pusieron de acuerdo sobre el lugar exacto donde levantar la casita y jardín que se les antojaban necesarios.

Mientras trabajaban al unísono, se hizo evidente que Niggle era el más capacitado de los dos a la hora de distribuirse el tiempo y llevar a buen término la tarea. Aunque parezca extraño fue Niggle el que más se absorbió en la construcción y jardinería, mientras que Parish se extasiaba en la contemplación de los árboles y especialmente del Árbol.

Un día Niggle estaba atareado plantando un seto; Parish se encontraba muy cerca, echado sobre la hierba y observando con atención una bella y delicada flor amarilla que crecía entre el verde césped. Niggle había sembrado hacía algún tiempo un buen número entre las raíces de su Árbol. De pronto Parish levantó la vista. Su cara resplandecía bajo el sol mientras sonreía.

“¡Esto es extraordinario!”, dijo. “En realidad yo no debía estar aquí: gracias por hablar en mi favor”.

“¡Bah, tonterías!”, dijo Niggle. “No recuerdo lo que dije, pero, de todas formas no tuvo importancia”.

“¡Oh, sí!”, dijo Parish, “la tiene. Me rescató mucho antes. La Segunda Voz, ya sabes, hizo que me enviaran aquí. Dijo que tu habías pedido verme. Esto te lo debo a ti.”

“No. Se lo debemos a la Segunda Voz”, dijo Niggle. “Los dos”.

Siguieron viviendo y trabajando juntos. No sé por cuánto tiempo. No sirve de nada negar que al comienzo había ocasiones en que no se entendían, sobre todo cuando estaban cansados. Porque en un principio, de cuando en cuando, se cansaban. Comprobaron que a ambos les habían entregado un reconstituyente. Los dos frascos llevaban la misma indicación: “Tomar unas pocas gotas diluidas en el agua Manantial, antes de descansar”.

Encontraron el Manantial en el corazón del Bosque; sólo una vez, hacía muchísimo tiempo, había pensado Niggle en él; pero no llegó nunca a dibujarlo. Ahora comprendió que era el origen del lago que brillaba a lo lejos y la razón de cuanto crecía en los contornos. Aquellas pocas gotas convertían el agua en un astringente, que, aunque bastante amargo, era reconfortante y despejaba la cabeza. Después de beber descansaban a solas; luego se levantaban y las cosas marchaban de maravilla. En tales ocasiones Niggle soñaba con nuevas y espléndidas flores y plantas, y Parish sabía siempre cómo colocarlas y dónde habían de quedar mejor. Bastante antes de que se les terminase el tónico, habían dejado de necesitarlo. También desapareció la correa de Parish.

A medida que el trabajo progresaba se permitían más y más tiempo para pasear por los alrededores, contemplando los árboles y las flores, las luces, las sombras y la condición de los campos. En ocasiones cantaban a una. Pero Niggle se dio cuenta de que comenzaba a volver los ojos, cada vez con mayor frecuencia, hacia las Montañas.

Pronto tuvieron casi todo terminado: la casa de la hondonada, el césped del bosque, el lago y todo el paisaje, cada uno en su propio estilo. El Gran Árbol estaba en plena floración.

“Terminaremos al atardecer”, dijo Parish un día. “Luego nos iremos a dar un paseo que esta vez será realmente largo”.

Partieron al día siguiente y cruzaron la distancia hasta llegar al confín. Este no era visible, por supuesto: no había ninguna línea, valla o muro; pero supieron que habían llegado al extremo de aquella región. Vieron a un hombre con pinta de pastor. Se dirigía a ellos por los declives tapizados de hierba que llevaban hacia las Montañas.

“¿Necesitan un guía?”, pregunto. “¿Van a seguir adelante?”.

Durante unos momentos se extendió una sombra entre Parish y Niggle, porque este sabía ahora que si quería continuar y (en cierto sentido) tenía que hacerlo. Pero Parish no quería seguir ni estaba aun preparado.

“Tengo que esperar a mi mujer”, le dijo a Niggle. “Se sentía sola. Creí oírles que la enviarían después de mi en cualquier momento, cuando estuviese lista y yo lo tuviera todo preparado. La casa ya esta terminada, e hicimos lo que estaba en nuestras manos. Pero me gustaría enseñársela. Espero que ella pueda mejorarla, hacerla mas hogareña. Y confío que también le gustase el sitio.” Se volvió hacia el pastor. “¿Es usted guía?”, pregunto. “¿Puede decirme como se llama este lugar?”.

“¿No lo sabe?”, dijo el hombre. “Es la Comarca de Niggle. Es el paisaje que Niggle pinto, o una buena parte de el. El resto se llama ahora el Jardín de Parish.”

“¡El paisaje de Niggle!”, dijo Parish asombrado. “¿Imaginaste tu todo esto?. Nunca pense que fueras tan listo. ¿Por que no me dijiste nada?”.

“Intento hacerlo hace tiempo”, dijo el hombre, “pero usted no prestaba atención. En aquellos días solo tenia el lienzo y los colores, y usted pretendía arreglar el tejado

con ellos. Esto es lo que usted y su mujer solían llamar “el disparate de Niggle”, o “ese Mamarracho”.

“¡Pero entonces no tenía este aspecto; no parecía real!”, dijo Parish.

“No, entonces era solo un vislumbre”, dijo el hombre; “pero usted podía haberlo captado si hubiera creído que merecía la pena intentarlo”.

“Nunca te di muchas facilidades”, dijo Niggle. “Jamás intente darte una explicación. Solía llamarte Viejo Destripadores. Pero, ¿que importa eso ahora!. Hemos vivido y trabajado juntos últimamente. Las cosas podían haber sido diferentes, pero no mejores. En cualquier caso, me temo que yo he de seguir adelante. Espero que volvamos a vernos: debe haber muchas más cosas que podamos hacer juntos. Adiós.”

Estrecho con calor la mano de Parish: una mano que dejaba traslucir bondad, firmeza y sinceridad. se volvió y miró un momento hacia atrás. Las flores del Gran Árbol brillaban como una llama. Los pájaros cruzaban el aire entre trinos. Sonrió, al tiempo que se despedía de Parish con una inclinación de cabeza, y siguió al pastor.

Iba a aprender a cuidar ovejas y a saber de los pastos altos y a contemplar un cielo más amplio y caminar siempre más y más en permanente ascensión hacia las Montañas: No alcanzo a imaginar que fue de haberlas cruzado. Incluso el infeliz de Niggle podía en su antiguo hogar vislumbrar las lejanas Montañas, y estas encontraron un lugar en su cuadro; pero como sean en realidad, o que pueda haber al otro lado, solo lo saben quienes han ascendido a su cima.

* * *

“Creo que era un pobre estúpido”, dijo el Concejal Tompkins. “Desde luego, un inútil. Sin ningún valor para la sociedad.”

“Bueno, no se”, dijo Atkins que solo era un maestro, alguien sin mayor importancia. “No estoy muy seguro. Depende de lo que entienda por valor.”

“Sin utilidad práctica o económica”, dijo Tompkins. “Me atrevería a decir que se podría haber hecho de él un ser de alguna utilidad si ustedes los maestros supiesen cual es su obligación. Pero no lo saben. Y así nos encontramos con inútiles como este. Si yo mandase en este país, les pondría a él y a los de su clase a trabajar en algo apropiado para ellos, lavando platos en la cocina comunal o algo por el estilo, y me preocuparía de que lo hiciesen bien. O los pondría en la calle. Hace tiempo que debí haberlo echado.”

“¿Echarlo?. ¿Quiere decir que lo habría obligado a salir de viaje antes de cumplirse el tiempo?”.

“Sí, si usted se empeña en usar esa expresión vacía y anticuada. Empujarlo a través del túnel al Gran Vertedero: eso era lo que yo quería decir.”

“Entonces no cree que la pintura valga nada, que no hay porque conservarla, mejorarla, o aun utilizarla.”

“Claro, la pintura es útil”, dijo Tompkins. “Pero no se podía usar la suya. Hay cantidad de oportunidades para los jóvenes agresivos que no teman las ideas ni los métodos nuevos. Ninguna para esta vieja morralla. Solo son ensueños personales. No hubiese sido capaz de diseñar un buen poster ni aunque ni aunque lo matasen. Siempre jugueteando con hojas y flores. En cierta ocasión le pregunte la causa. ¡Me contesto que las encontraba hermosas!. ¿pero creerlo?. ¡Dijo hermosas!. ¿Que?, le pregunte yo, ¿los órganos digestivos y genitales de las plantas?. Y no encontró contestación. Pobre majadero.”

“¡Majadero!”, suspiro Atkins. “Si, pobre hombre, nunca termino nada. Bueno, sus telas han quedado para “mejores usos” desde que el se marchó. Pero yo no estoy muy seguro, Tompkins. ¿Recuerda aquella grande que emplearon para reparar la casa vecina después del ventarrón y las inundaciones?. Encontré tirada en el campo una de las escinas. Estaba estropeada, pero se podía distinguir el dibujo: la cima de un monte y un grupo de hojas. No puedo quitármelo de la mente”.

“¿De donde?”, dijo Tompkins.

“¿De que estáis hablando?”, tercio Perkins, intentando evitar la discusión. Atkins se había puesto completamente colorado.

“No merece la pena repetir la palabra”, dijo Tompkins. “no se por que perdemos el tiempo hablando de esto. El no vivió en la ciudad.”

“No”, dijo Atkins. “Pero usted de todas formas ya le había echado el ojo a su casa. Por esa razón solía visitarlo y burlarse de el mientras se tomaba su te. Bueno, ahora ya ha conseguido la casa, además de la que tiene en la ciudad. Así que ya no necesita envidiarle. Hablábamos de Niggle, si le interesa, Perkins.”

“¡Oh, pobrecillo Niggle”, comento Perkins. “No sabia que pintase”.

Aquella fue seguramente la ultima vez que el nombre de Niggle surgió en una conversación. A pesar de todo, Atkins conservo aquel único retazo de lienzo. La mayor parte de el se echo a perder, aunque una preciosa hoja permaneció intacta. Atkins la hizo enmarcar. Mas tarde la dono al Museo Municipal, y durante algún tiempo el cuadro titulado “Hoja, de Niggle” estuvo colgado en un lugar apartado y solo unos pocos ojos lo contemplaron. Pero luego el Museo radio, y el país se olvido por completo de la hoja y de Niggle.

*

*

*

“Desde luego, esta resultando muy útil”, dijo la Segunda Voz. “Como lugar de vacaciones y de descanso. Es magnifico para los convalecientes; Y no solo por eso: a muchos les resulta la mejor preparación para las Montañas. En algunos casos logra maravillas. Cada vez envío mas gente allí. Rara vez tiene que regresar.”

“Si, es cierto”, dijo la Primera Voz. “Creo que deberíamos dar un nombre a esa comarca. ¿Cual sugiere?”.

“El Maletero se encargo de ello hace ya algún tiempo”, dijo la Segunda Voz. “El tren de Niggle-Parish esta a punto de salir: eso es lo que ha venido gritando durante años. Niggle-Parish. Les envié un mensaje a los dos para comunicárselo.”

“¿Y que opinaron?”.

“Se rieron. Se rieron, y las Montañas resonaron con su risa.”